contra Biseo para pedir que fuese quemado no sé qué pariente suyo. Biseo levantó el lápiz; los dos primeros, retrocediendo aterrados, empujaron á los demás, y medio ejército cayó en tierra patas arriba. Hasta el Gobernador soltó la carcajada.

ARCILA

Después del espectáculo de las grandes ciudades decaidas, de un pueblo moribundo y de un país hermoso, pero triste; después de tanto sueño, tanta vejez y tantas ruinas, hé aquí el trabajo eterno y la juventud inmortal; hé aquí el aire que reanima la sangre, la belleza que reanima el corazón y la inmensidad en que se esparce el alma. ¡Hé aquí el Océano! ¡Con qué extremecimiento de placer lo saludamos! La inesperada aparición de un amigo ó de un hermano, no nos hubiera agradado más que la vista de aquella lejana curva luminosa que cortaba delante de nosotros como una inmensa hoz el islamismo, la esclavitud, la barbarie y parecía que llevaba más derecho y más libre nuestro pensamiento á Italia.—*¡Bahr-el-Kibir!*—(El gran mar), exclamaron algunos soldados. Otros dijeron:

—*¡Bahr el-Dholma!*—(El mar de las tinieblas.) Todos, involuntariamente, apresuraron el paso; las conversaciones, que comenzaban á languidecer, se reanimaron; los criados entonaron los cantos sagrados, y la caravana entera, en pocos minutos, tomó aire de alegría y de fiesta.

La tarde del 19 de Junio acampamos á tres horas de Larache, y á la mañana siguiente entramos en la ciudad, siendo recibidos en la puerta por el hijo del Gobernador, veinte soldados sin armas y sin calzones, distribuidos á lo largo de la calle, un centenar de muchachos harapientos y una banda compuesta de un tambor y una corneta, que poco después vino á buscar la propina con un atroz concierto en el patio del Agente consular de Italia.

En aquella costa sembrada de ciudades muertas, como Salé, Azamor, Sáfio y Santa Cruz, Larache conserva todavía un poco de vida comercial, que le basta para ser considerado como uno de los principales puertos de Marruecos. Fundado por una tribu berberisca en el siglo XV, fortificado al fin del mismo siglo por Muley-Ben-Nassar, abandonado á España en 1610, vuelto á tomar por Muley-Ismael en 1689, floreciente todavía á principios de este siglo, poblado ahora por cuatro mil habitantes entre moros y hebreos, se alza en la vertiente de una colina á la izquierda de la embocadura del Kus, el Lixus de los antiguos, que le forma un

amplio y seguro puerto, cerrado por un banco de arena, que impide la entrada á los grandes buques.

En el puerto yacen los esqueletos de dos pequeñas cañoneras, último lastimoso resto de la flota que en otro tiempo llevara á España ejércitos conquistadores, y espantó al comercio europeo. En la orilla derecha del río hay algunas ruinas de la ciudad romana Lixos. Detrás de la colina se extiende un gran bosque de árboles jigantescos. La ciudad no tiene en su interior nada de notable, á no ser un mercado rodeado de pequeños pórticos sostenidos por columnas de piedra; pero vista desde el puerto, toda blanca, sobre el verde oscuro de la colina, rodeada de un círculo de altos muros almenados de oscuro color calcáreo, reflejada por las azules aguas del río, bajo aquel límpido cielo, ofrece un hermoso aspecto, y á pesar de lo vivo de los colores, casi melancólico, como si diese compasión ver aquella hermosa ciudad tan sola y silenciosa en aquella costa, delante de aquel puerto desierto y frente á aquel mar inmenso.

El campamento fué colocado por la tarde á la orilla derecha del Kus, y levantado temprano á la mañana siguiente. Teníamos que ir á Arcila, distante de Larache cuatro horas. El convoy de los bagajes partió por la mañana; la Embajada por la tarde. Yo, para ver la caravana bajo un nuevo aspecto, me fuí con el convoy de los bagajes y me alegré, porque el trayecto abundó en aventuras.

Las mulas cargadas, acompañadas por los arrieros y los criados, iban en grupos bastante distantes unos de otros. Partí solo y caminé como una hora por unas colinas donde no encontré más que una mula guiada por un criado árabe, y que llevaba dos alforjas de paja, una de las cuales contenía la cabeza y otra los pies de un palafranero del Embajador, atacado de una fortísima fiebre y que daba gemidos capaces de hacer llorar las piedras. El infeliz iba atravesado en la mula, con la cabeza colgando, el cuerpo arqueado, dándole el sol en los ojos, ¡y de aquella manera venía desde Karia-el-Abassi y debía ir á Tánger! De ese modo son transportados en Marruecos todos los enfermos que no tienen dinero para alquilar una litera y dos mulas, ¡y afortunados los que pueden descansar la cabeza en una alforja!

De las colinas descendí á la orilla del mar.

Allí se me reunieron el cocinero, Luis el calafate y Ranni, que se unieron á mí y no me dejaron hasta Arcila.

Durante una hora trotamos por la arena, apartándonos á veces del camino recto, para evitar la marea.

Durante aquel tiempo el cocinero, que por vez primera en todo el viaje podía hablarme libremente, me abrió su corazón.

¡Pobre hombre! Todas las aventuras del viaje, todas las grandescosas que había visto, no lo habían librado de un pensamiento doloroso que le había

quitado la tranquilidad desde la primera semana de su residencia en Tánger. Este dolor era una gelatina que le había salido mal un día de comida en casa del Ministro de Francia; gelatina que había dado el primer golpe á su reputación en concepto del Embajador y que había salido mal, no por culpa suya, sino porque el Marsala era malo. Fez, la corte, Mequinez, el Sebú, el Océano, todo lo había visto á través de aquel disco de caldo condensado, ó más bien, no había visto ni veía nada; porque aunque su cuerpo estaba en Marruecos, su alma estaba en la plaza Castello. Le pregunté sus impresiones de viaje; eran poca cosa. No podía comprender *quién podía ser el bestia que había pintado aquel país*. Me refirió sus fatigas, sus disputas con los árabes, la dificultad de dar de comer en medio de los *desiertos* y su inmenso deseo de volver á ver Turín; pero volvía siempre á la maldita gelatina del Ministro de Francia.—¿No sé yo cocinar? Cuando llegue á Turín,—me decía tocándome en el brazo para distraerme de la contemplación del Océano, —¡vaya á preguntárselo al conde Tal, á la condesa Cual, etc., etc., á quienes he servido muchos años! ¡Vaya al general Ricotti, Ministro de la Guerra, que es Ministro hace cinco años y hace todo lo que quiere, vaya á preguntarle si sé hacer gelatina! ¡Pero vaya, deme ese gusto, y ocúpese de esto un momento, cuando volvamos al país!—E insistió tanto, que para que me dejase contemplar en paz el Océano, tuve que prometerle que lo haría.

En tanto, cada cien pasos se nos reunían dos ó tres mulas cargadas, soldados á caballo, criados á pie; pequeños fragmentos de la caravana que se extendía más de una hora de camino. Entre los soldados había algunos de Larache, destrozados, con un pañuelo atado á la cabeza y una espingarda roñosa en la mano; y entre los criados, muchachos de diez y doce años, que no había visto antes, y que según me dijeron, habían escapado de Mequinez y de Karia-el Abbassi, y se habían agregado á la caravana sin más equipaje que una camisa, para ir á Tánger, la ciudad civilizada, en busca de fortuna, viviendo entretanto de las limosnas de los soldados. En algunos de estos grupos había uno que contaba una historia, otros cantaban; todos parecían alegres.

A la mitad del camino nos detuvimos á la sombra de un escollo á comer.

Nntonces presencié una escena que me reveló la índole de aquella gente mejor que un volumen de consideraciones psicológicas.

Junto á nosotros había un soldado sentado en la arena, más allá otro, más lejos un criado, y á cincuenta pasos de éste, en la falda de una pequeña altura, otro criado sentado junto á un manantial, con un cántaro entre las rodillas. Deseando beber, grité al primer soldado:—*¡Elma!* (agua), y le señalé la fuente. El soldado contestó que sí con un gesto cortés y ordenó imperiosamente al otro soldado que fuese á buscar el agua. Este indicó que iba enseguida y con tono amenazador reprendió al criado que estaba más cerca porque aún no había cumplido con su deber. El criado reprendido se puso en pie, dió dos ó tres pasos impetuosos hacia el que estaba sentado junto á la fuente y le gritó que anduviese listo. El otro, viendo que yo no le decía nada, no se movió. Pasaron cinco minutos y el agua no venía. Volví á pedírsela al primer soldado y se repitió la escena anterior. En fin, si quise agua, tuve que desgañitarme pidiéndosela directamente al del cántaro, el cual, después de reflexionar algunos momentos, se decidió á cogerla y me la trajo á paso de tortuga.

Volvimos á ponernos en camino. Soplaba una brisa fresca y una nube cubría el sol; así es que el paseo era delicioso; pero como subía la marea y disminuía el pequeño camino arenoso por el que marchábamos uno á uno, bien pronto nos encontramos aprisionados entre el mar y las rocas que caían casi á pico sobre nuestras cabezas, y obligados á caminar entre los escollos contra los que venían á estrellarse las ondas. Algunas veces que la mula se detuvo espantada, me encontré rodeado de agua, envuelto en una nube de gotas, ensordecido, ciego, y perdí la cabeza y entreví el título de los artículos necrológicos que habían escrito mis amigos. Pero, como decía el cocinero, nuestra hora aún no había sonado; y después de andar media milla, llegamos á una colina accesible, por la que

subimos á toda prisa, volviéndonos atrás para mirar lo pasado.

Iba con nosotros, á caballo, un viejo soldado de Larache, algo tocado de la cabeza, que se reía continuamente; pero que, gracias al cielo, sabía el camino. Este nos hizo dar vuelta á la colina y nos llevó á través de un bosque espesísimo de encinas pequeñas, de abedules, de alcornoques, de retamas y de arbustos de todas clases, por mil senderos escarpados, entre rocas y espinas, por el fango, por agua, á oscuras, por sitios donde parecía que jamás había penetrado criatura humana, y siempre riéndose nos condujo de nuevo, desollados y rendidos, después de una larga y lenta vuelta, á la orilla del mar, donde aún había un pequeño espacio libre de las aguas.

Como la caravana aún no había llegado, la playa estaba desierta, y caminamos buen trecho sin ver más que cielo y mar y la base de las escabrosas colinas, que formando varios senos sucesivos, nos ocultaban el horizonte de frente y por la espalda. Caminábamos silenciosos, unos detrás de otros, por la arena intacta y blanda como un tapiz, todos, ssgún creo, con la imaginación muy lejos de Marruecos, cuando de improviso saltó detrás de un escollo un espectro, un viejo horrible, medio desnudo, con una gran corona de flores amarillas en la cabeza,—un santo,—que la emprendió contra nostros aullando como un loco furioso y haciendo con

ambas manos señal de arañarnos la cara y arrancarnos las barbas. Nos dotuvimos á contemplarlo. Se puso más furioso. Ranni, sin andar con cumplidos, se adelantó para darle una paliza. Lo contuve y le eché al santo una moneda. El bribón calló inmediatamente; recogió la moneda, la miró por los dos lados, se la metió en el seno y volvió á gritar más que antes.—¡Vamos,—dijo Ranni,—esta vez no te vas sin ella!—y levantó el palo. Pero el soldado, poniéndose súbitamente serio, lo contuvo, y diciendo al santo algunas palabras en voz baja con acento de profundo respeto, lo hizo callar. El horrible viejo nos lanzó una última ojeada fulmínea y se ocultó entre los escollos, donde me han dicho que vive, alimentándose de yerbas, hace más de dos años, con el único objeto de maldecir á los navíos de los nazarenos que pasan por el horizonte.

De allí subimos á unos montes y caminamos largo tiempo por senderos que serpenteaban entre los lentiscos, las retamas y las rocas. En algunos puntos corría el sendero por el borde del monte cortado á pico, y veíamos debajo á una gran profundidad el mar que azotaba los escollos, y un larguísimo trozo de playa, donde se extendía la caravana hasta perderse de vista, y el inmenso horizonte azul sembrado de manchas blancas de algún lejano buque de vela. Los montes por que caminábamos formaban con sus aplastadas cimas una vasta llanura ondulada, toda cubierta de altos ar-

bustos, donde no se veía ninguna señal de cultivo, ni una cuba, ni una cabaña, ni una criatura humana y no se oía más que el sordo ruido del mar.—¡Qué país!—exclamaba el cocinero paseando su inquieta mirada por aquella soledad;—aún tendremos algún mal encuentro.—Y me preguntó varias veces si había peligro de encontrar leones. Subiendo y bajando, perdiéndonos de vista y encontrándonos en medio de los arbustos, caminábamos hacia casi dos horas por aquellos montes desiertos y comenzábamos á temer habernos perdido, cuando desde la cumbre de una altura vimos de pronto las torres de Arcila y toda la costa hasta el cabo Espartel, que destacaba sus contornos azules sobre la límpida claridad del cielo.

Fué un vivo placer para toda mi pequeña caravana; pero duró poco.

Al bajar hacia el mar descubrimos á lo lejos entre los árboles un grupo de caballos y de hombres acurrucados que, apenas nos vieron, se pusieron en pie, saltaron á las sillas y se dirigieron hacia nosotros extendiéndose en una sola línea en forma de media luna, como si quisieran impedir que huyésemos por un atajo hacia la ciudad.

—Ya estamos,—pensé;—esta vez no hay escape; es una banda.

Hice seña á los demás de que se detuvieran.

—*¡Esto lo manda delante el moro!*—gritó el cocinero.

El soldado moro se acercó.

—Un momento,—dije;—antes de destrozarlos veamos si verdaderamente quieren atacarnos.

Los miré con atención; avanzaban al trote; eran diez, parte vestidos de color oscuro y parte de blanco; me pareció que ninguno traía fusil; el jefe era un viejo de barba blanca; me tranquilicé.

—¿Formamos el cuadro?—gritó el cocinero.

—No hay necesidad,—respondí. El viejo de la barba blanca se había descubierto la cabeza y se dirigía á mí con el gorro en la mano.

Era un israelita.

A diez pasos se detuvo con su séquito, que se componía de otros cuatro judíos y cinco criados árabes, é hizo señal de que quería hablar.

—*Hable usted*,—le dije.

—Soy Fulano de Tal,—dijo en castellano, con dulce voz, inclinándose en señal de profundo respeto;—Agente consular de Italia y de todos los demás Estados de Europa en la ciudad de Arcila. ¿Tengo el honor de encontrarme en presencia de su excelencia el Embajador de Italia, que vuelve de Fez, salió esta mañana de Larache y se encamina á Tánger?

Caí de las nubes.

Después tomé una actitud grave y paseé lentamente la vista por mi acompañamiento, que fulguraba de majestad y alegría.

Cuando hube saboreado durante un segundo

los honores de la recepción oficial desengañé, suspirando, al viejo israelita, y le dije quién era.

Me pareció un poco contrariado, pero no cambió de actitud por eso. Me ofreció su casa para descansar, y no habiendo aceptado, quiso á toda costa acompañarme hasta el lugar destinado para campamento.

Nos encaminamos juntos, dando vuelta á la ciudad, hacia la orilla del mar. ¡Ah, si me hubieran visto en aquel momento Ussi y Biseo! ¡Qué pintoresco debía estar yo de representante de Italia, montado en una mula, con una banda blanca alrededor de la cabeza, y seguido de mi estado mayor compuesto de un cocinero en mangas de camisa, de dos marineros armados de palos y de un moro harapiento! ¡Oh, arte italiano, cuánto has perdido!

Arcila, Zilia de los cartagineses, *Julia traducta* de los romanos, que pasó de las manos de éstos al poder de los godos, fué saqueada por los ingleses hacia la mitad del siglo X, fué durante treinta años un montón de piedras, reconstruída por Abd-er-Rhaman-ben-Allí, califa de Córdoba, poseída por los portugueses y vuelta á tomar por los marroquíes, no es más que una pequeña ciudad de poco más de mil habitantes entre moros y hebreos, rodeada por la parte de tierra y del mar de altos muros almenados que se están arruinando; blanca y tranquila como un claustro, y marcada, como todas las demás pequeñas ciudades mahometanas,

con el sello de aquella sonriente melancolía, que hace pensar en la sonrisa de un moribundo que goza al sentir que le va faltando la vida.

Por la tarde, al ponerse el sol, llegó el Embajador al campamento, atravesando la ciudad, y aún veo ante mis ojos el espectáculo de aquella hermosa cabalgata, llena de colores y de vida, que saliendo de una gran puerta almenada, avanzaba en pintoresco desorden, á lo largo de la orilla del Océano, proyectando en la arena dorada por el crepúsculo sus larguísimas sombras negras, y aún siento la tristeza que experimenté en aquel momento, diciendo entre mí:—¡Lástima! ¡Lástima que este hermoso cuadro tenga que disolverse, este hermoso cuadro que encierra, tanto de Africa como de Italia, tantos alegres pronósticos y tantos recuerdos queridos!—Y allí puede decirse que terminó de hecho nuestro viaje, porque á la mañana siguiente acampamos en Ain-Dalia, y dos días después volvimos á Tánger, donde se disolvió la caravana en la misma plazoleta del pequeño mercado, de donde había salido dos meses antes.

El comandante, el capitán, los pintores y yo, partimos juntos para Gibraltar. El Embajador, el Vicecónsul y todo el personal de la Legación, nos acompañaron hasta la orilla del mar. Las despedidas fueron muy afectuosas. Todos estaban conmovidos, incluso el buen general Hamed-ben-Kassen, el cual, oprimiendo mi mano contra su ancho tórax,

me dijo tres veces la única palabra europea que sabía:—*¡Adios!*—con voz que le salía del corazón. Apenas pusimos el pie en el buque, ¡oh, cuán lejana de espacio y de tiempo nos pareció aquella fantasmagoría de Pachás, de negros, de tiendas, de mezquitas y de torres almenadas! No era solo un país, sino un mundo, lo que en aquel momento desaparecía de nuestra vista, y un mundo que estábamos casi seguros de no volver á ver. Sin embargo, nos acompañó á bordo un poco de Africa, y fueron los dos Selam, Alí, Hamed, Abd-er-Rhaman, Chivo, los criados de Morteo y otros buenos muchachos, á quienes la superstición musulmana no había impedido que quisieran bien á los nazarenos y los hubieran servido con cariño. También ellos se despidieron de nosotros con vivas demostraciones de afecto y de sentimiento, y mucho más Chivo, que haciendo flotar por última vez su camisón blanco, se abrazó á mi cuello como un amigo de la infancia, y me estampó dos besos en una oreja. Y cuando el vapor se puso en marcha, aún nos saludaban todos de pie en un bote, agitando sus fez rojos y gritando hasta que los pudimos oir:—¡Allah sea en vuestro camino! ¡Volved á Marruecos! ¡Adios los nazarenos! ¡Adios los italianos! ¡Adios! ¡Adios!

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Introducción	v
Tánger	1
Had El-Garbia	87
Tleta de Reisana	123
Alkázar-El-Kibir	139
Ben-Auda	153
Karia-el Abbassi	167
Beni-Hassen	185
Sidi-Hassen	203
Zeguta	213
De Zeguta á Tagat	227
Fez	235
Mequinez	385
En el Sebú	405
Arcila	421